LUIS CANDELA y ERNESTO NIETO

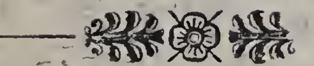
La Sultana

Refundición en un acto, dividido en cinco cuadros, de la aventura cómico-lírica en dos actos, titulada

LOS CUATRO GATOS

MÚSICA DE LOS MAESTROS

LAPUERTA y LUNA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

4

LA SULTANA

LA SULTANA

Refundición en un acto, dividido en cinco cuadros, de la aventura cómico-lírica en dos actos, titulada

▫ ▫ ▫ LOS CUATRO GATOS ▫ ▫ ▫

ORIGINAL DE

LUIS CANDELA y ERNESTO NIETO

música de los maestros

LAPUERTA y LUNA

Estrenada en el TEATRO MARTÍN la noche del 9 de Enero de 1915



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1915

A Loreto Prado

y Enrique Chicote.

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MILAGRITOS	Srta. Puchol (L.)
DOÑA GERTRUDIS	Sra. González.
ZULIMA	Srta. Puchol (M.)
VIENESAS	Peris. Perales. González (M.)
VECINA 1.ª	González (M.)
IDEM 2.ª	Espinosa (A.)
IDEM 3.ª	Espinosa (L.)
IDEM 4.ª	Peris (A.)
RECAREDO	Sr. Mauri.
CACHO ROSCA	González.
PINTURAS	Alonso.
EL SULTÁN	Recober.
UN COCINERO	Povedano.
CANDELAS	Agustí.
BENÍ-MOJA	Gaivar.
ALÍ-BABA	Perea.
PÉREZ	Molina.
AFILADOR	Escuer.

Esclavas, esclavos y coro general



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el patio de una casa de vecindad, en los barrios bajos de Madrid. Al fondo portalón de entrada, que abre sobre la calle. A la derecha puerta de la habitación de la Vecina 3.ª

Aparecen en escena Vecina 1.ª, tendiendo ropa; Vecina 2.ª, próxima á la puerta del término derecha peinando á la Vecina 3.ª que estará sentada en una silla baja. El señor Candelas, machacando suela, sentado ante una mesilla de las usadas para los zapateros. Un Afilador, cerca del señor Candelas, afilando unas cuchillas.

ESCENA PRIMERA

SEÑOR CANDELAS, AFILADOR, VECINAS 1.ª, 2.ª y 3.ª

Afil. Ahí va, señor Candelas. (Dándole una cuchilla de las que afila.) ¡Ha quedao, que se pué cortar un pelo en el aire!

Cand. (Cogiendo la cuchilla.) Trae pa acá. (Se levanta, se quita la gorra como si tratara de hacer la prueba con uno de los pelos de su cabeza, pero es completamente calvo. A la Vecina 3.ª) Tú, Menenciana, adjúntame una greña.

Vec. 3.ª ¿Pa qué? hijo.

Cand. Pa probar á ver si m'ha engañao.

Vec. 3.ª ¡Pues pruebe usté con sus narices!

Cand. ¡No son piliformes!

Vec. 3.ª Pues en las de su señora tía.

Cand. Está en el pueblo.

Vec. 3.ª ¡La escribe usté!

Cand. No sé.

Vec. 3.ª ¡Pues aprenda!

(Se oye llorar á un niño.)

Vec. 1.ª ¡Sotera! ¡Mujer, sube, que tu chica está otra vez con la perra!

Cand. ¡Ahora no puede, que está liá con los agüelos d'esta señorita!

Vec. 2.ª (A la 1.ª) ¡Dala un susto para que se calle!

Vec. 1.ª ¡Ya la hemos asustao tres veces, y se sonríe, pero no enmudece!

Cand. ¡Ah! ¿Lo que deseais vosotras es que se prive la criatura? ¡Pues asómate á mi cuarto y dile á mi mujer q'haga el favor d'entrar donde está la niña, y que la guiñe un ojo; verás tú cómo calla!

Vec. 3.ª Muchas gracias, señor Candelas. (Durante este diálogo el Afilador ha estado recogiendo sus bártulos y se pone la rueda sobre el hombro.)

Afil. (Al señor Candelas.) ¿Quié usté algo más?

Cand. (Dándole unas monedas.) Toma; y date una vuelta por aquí dentro de unos días. (Mutis por la puerta del foro el Afilador tocando el pito.)

Vec. 2.ª (A la Vecina 3.ª) Me paece, que mejor, ni á horquilla.

Cand. (A la Vecina 3.ª) Oye, tú, ¿y pa qué te peinas tanto?

Vec. 3.ª Por que viene mi novio á buscarme pa llevarme al cine.

Cand. ¡Pues es cuando menos te debías peinar; porque cuando sales con tu novio no te dura el peinado ni cinco minutos!

Vec. 3.ª ¡Jesús que tío! ¿L'han afilao también la lengua?

Cand. (Sacando la lengua.) ¡Examínamela!

Vec. 2.ª (Que ha terminado de peinar á la Vecina 3.ª y recogido todos los chirimbolos.) Hasta luego. (Mutis por la escalera.)

Vec. 3.ª Adiós, y gracias. (Sale de escena por la puerta de la derecha.)

ESCENA II

SEÑOR CANDELAS

Cand. (Se sienta en su silla y empieza á machacar suela. Riéndose.) ¡Cómo se queman! ¡Y gracias á estos ratejos, porque si no, el carro de la vida no se podría llevar ni con encuarte! ¡Y éstas no son de cuidao; no son como la Gaspara, la del segundo, que me las tié jurás... y á esa se las pago, porque es una fiera! (En este momento se oye el pito del afilador un poco lejos.)

ESCENA III

SEÑOR CANDELAS, VECINA 4.ª. Luego VECINAS 1.ª, 2.ª y 3.ª

Vec. 4.ª (Baja muy atropelladamente las escaleras con un cuchillo muy grande en la mano; está despeinada y muy descuidada de indumentaria.) ¿Dónde está ese hombre?

Cand. ¡Anda! ¡La Gaspara; y viene por mí! (Escondiéndose como puede y tapándose con la silla en que estaba sentado.)

Vec. 4.ª (Dando vueltas por el patio como una loca buscando á alguien, y con una voz atronadora.) ¿Dónde está ese hombre?

Vec. 1.ª (Saliendo.) Pero ¿qué vas á hacer, so loca?

Vec. 2.ª (Bajando también por las escaleras y deteniendo á la Vecina 4.ª) Pero, ¿ónde vas?

Vec. 4.ª ¡Dejarme! ¡Dejarme! (Logrando desasirse.) ¿Dónde está ese hombre?

Vec. 3.ª (Que á los gritos ha salido por la puerta de le derecha.) ¿Pero quién?

Vec. 4.ª ¡El afilaor! (Enseñándoles el cuchillo.)

Cand. ¡Nos ha inflao! (Saliendo de su escondite.) ¡Pues corre, mujer, corre; que pué ser que no haya llegao aún á la esquina! (Mutis por el foro 4.ª, por la escalera vecinas 1.ª y 2.ª, y por la derecha la vecina 3.ª.) ¡Y de paso, te avisas un té, al vapor! (Bajando á su sitio.) ¡Vaya un espasmódico! ¡El sustito ha sío d'ensayo general; y no sé por qué, porque con dificultad se encuen-

traunavecindá igual! ¡El único que discrepa algo es el señor Recaredo. No he visto hombre de más mala pata! ¡Negocio ande se mete, ya se sabe, liquidación general en seguida!

ESCENA IV

RECAREDO y CHICO. Dentro SEÑOR CANDELAS

Rec. (Pregonando dentro.) ¡A treinta! ¡A treinta! ¡Hace falta estar loco para darlos á treinta!

Cand. ¡Ahí está mi hombre, desgañitándose, y no s'abrá estrenao!

Chico (Entrando seguido de Recaredo. Llevan cogido cada uno de un asa un gran canasto, lleno de objetos de tocador, tales como floreros, frascos de perfumes, violeteros, frascos de agua de colonia y de quina, jabones, etc., etc.) ¡A treinta, á treinta!

Cand. (A Recaredo.) ¿Qué? ¿Cómo se ha dao eso?

Rec. Como se dió ayer; como se dió antes de ayer; como se dará mañana... (Recordando.) ¡Hombre, á propósito! ¿A cuántos estamos mañana?

Cand. ¡A veintinueve!

Chico (Voceando.) ¡A treinta!

Cand. ¡A veintinueve, hombre!

Chico ¡A treinta! ¡Hace falta estar loco pa darlos á treinta!

Rec. Es que vocea. (Al Chico.) ¡No te molestes, tú! (Al señor Candelas.) Pues ya ve usté, á veintinueve, y entavía no he pagao la casa, ¿querrá usté creer, que hace una semana, que no he vendido ni una pieza?

Cand. ¿Y qué vende usté ahora?

Rec. Ni una pieza, ¿no lo oye usté?

Cand. Me refiero al ramo.

Rec. ¡Ahora me he agarrao á la perfumería!

Cand. (Que se ha acercado al canasto, y tapándose las narices con gesto de desagrado.) Y eso que huele, ¿qué es?

Chico Será la colonia.

Rec. ¡La colonia, no pué ser, porque es de los viajes antiguos y es inodora! (Al señor Candelas.) El olor que usté nota, ¿es agradable ó no?

Cand. Regular na más.

Rec. Entonces es la quina, que l'hace éste, ¿sabe usté? Es un don que l'ha dao Dios. Con un poco de agua, escayola y azúcar quemá, pa darle color, le hace á usté una quina, que pa la cabeza, no da resultao, pero deja los doraos que da gusto.

Cand. Vaya, hombre, vaya.

Rec. Pues á ese específico no l'hemos sacao aún ni un céntimo d'utilidá.

Cand. Es que el comercio está mu malo.

Rec. ¿Malo? ¡Espirante, es lo que está!

Chico Bueno, ¿qué hacemos?

Rec. Vocea un poco á ver si cae algo.

Chico (Voceando en el centro del patio.) ¡A treinta; á treinta el litro de quina! ¡Se da en este precio por empezarlo! (Dándose cuenta de la equivocación.) Digo, por acabarlo.

Rec. No te equivoques qu'eso es perjudicial.

Chico (Rectificando.) ¡Es por acabarlo; por acabarlo!

Rec. (Voceando y poniéndose la mano de torna voz.) ¡A treinta el litro de quina; para lociones, para fricciones y para restregones. ¿Y por qué la damos á este ínfimo precio? Por las grandes cantidades que se fabrican. ¡A treinta! ¡Ya ven ustedes, que es regalada! ¿Y por qué es regalada? ¡Por que en cada litro entran inmejorables ingredientes! (Al Chico, pero siempre en tono de pregón.) En un litro de quina ¿qué entra, Pérez?

Chico (Pregonando con el tonillo de antes.) ¡Alcohol refinado!

Rec. ¿Qué más?

Chico ¡Quina calisaya!

Rec. ¿Qué más?

Chico ¡Brótano macho!

Rec. ¿Qué más?

Chico ¡Nada más!

Rec. ¿Qué más se puede pedir por treinta céntimos? ¡Puede ser empleada: como estimulante, como confortante, como desinfectante, como desesperante!... (Al señor Candelas que está trabajando en sus botas.) ¡Como desesperante sí que lo es, ya lo está usté viendo! ¡Ni uno! (Al Chico.) ¡Echa mano á otro artículo! (El Chico deja en el canasto la botella y coge una

pastilla de jabón, que enseñará al propio tiempo que el señor Recaredo pregona:) ¡Agotada la quina, les vamos á dar á ustedes un jabón!

Chico (Pregonando.) ¡Ay! ¡qué jabón por veinte céntimos!

Rec. (Idem.) Esto no suaviza, esto satina, atranca los poros y deja la piel completamente impermeable. A pesar de eso se puede dar más barato.

Chico ¿Y por qué se puede dar más barato!...

Rec. ¡Porque es más malo que la quina! (Desesperado.) ¡Na! ¡Que no me estreno!

Chico (Que deja el jabón en el canasto y espera órdenes.) ¿Qué cojo ahora?

Rec. ¡Coge la puerta, Pérez, porque mañana, el establecimiento se cierra por defunción! Estoy decidido. (Al Chico y echándose una mano al bolsillo del chaleco.) Yo, ¿qué te debo?

Chico (Echándose sus cuentas.) Son, el mes pasao y lo que llevamos d'este... Cuatro cincuenta.

Rec. ¿Tienes ahí dos reales?

Chico (Sacándolos del bolsillo.) Sí, señor.

Rec. (Coge los dos reales y se los guarda.) Te debo un duro. Lo dejaré dicho en un codicilo.

Chico (Sin comprenderle.) Y mañana, ¿dónde le veo á usté?

Rec. ¡Mañana, pués darme el último adiós y un beso, si estás pa ello, en la plaza de la Alegría!

Chico ¿Donde se despiden los duelos?

Rec. ¡Precisamente!

Cand. ¡Qué cosas se les ocurren á usté, señor Recaredo!

Rec. ¡Como lo oye usté, señor Candelas; á mi la vida deja de asaetearme dentro de unos instantes! (Al Chico dándole una palmadita cariñosa en la cara.) ¡Conformidá; y no me olvides en tus oraciones!

Chico (No comprendiendo y al hacer el mutis por el foro.) Bueno, bueno; hasta mañana.

Rec. (Viéndole marchar.) Lo qu'es la inocencia; no se lo ha creído. ¡Y de usté, señor Candelas, (Llorando cómicamente.) se despide hasta pronto, Recaredo Cinturilla y Brunete, del comercio que fué de esta Corte! ¡Ay! ¡Señor Candelas! ¡Estoy del comercio hasta la coro-

nilla! (Poniéndose á la cabeza el rodate usado por los vendedores ambulantes y cargándose encima el canasto, hace mutis por la escalera.)

Cand. (Viéndole subir.) En medio de tóo, tié buen humor.

ESCENA V

SEÑOR CANDELAS, CACHO ROSCA y PINTURAS. Cacho Rosca y Pinturas son dos maletas muy grandes. Entran por la puerta del foro muy tristes, y, andando muy pausadamente, llegan hasta las candilejas. Pinturas anda siempre detrás de Cacho Rosca, como cuando hacen el paseo de las cuadrillas

Cacho ¡Maldita sea, hombre! ¡Me daba así! (Con el puño cerrado se amenaza un puñetazo en las narices; dejando la mano en esta posición hasta que Pinturas le separa el brazo cariñosamente, volviéndole á poner la mano en el bolsillo de la chaquetilla donde la tenía antes.)

Pint. ¡Vamos! ¡No te martirices; déjalo!

Cacho ¿Pero es que no has visto? ¡Ocurrírsele á ese hombre la suerte de Don Tancredo!

Pint. Ya, ya; ahora que no se estila.

Cacho Natural. ¡Hace seis años, tute de reyes del valor disponibles; y ahora no se encuentra uno ni para un remedio! ¡Me daba así! (El mismo juego.)

Pint. ¡No te martirices!

Cacho ¡Chavó! ¡Tenemos una suerte que pué hacerle la competencia al negro d'humo! ¡Maldita sea, hombre! ¡Me daba así! (Se amenaza nuevamente, pero Pinturas está distraído y no le quita la mano.) ¡Que me voy á martirizar!

Pint. (Corre y le quita á Cacho Rosca la mano como hizo antes.) Desiste d'ello.

Cand. ¿Qué hay, Gallito VII? ¿Cuándo es la marcha?

Cacho ¡A mí, en primer lugar, no me llame usté Gallito; me llama usté Cacho Rosca, qu'es mi alias; y, en segundo lugar, las botas de charol, chanclo tafilete que le di á usté ayer, las necesito, pero que pa dentro un rato!

Cand. ¡Pues, mira, no te tiés que esperar mucho,

porque precisamente las tengo en el almacén! (Busca debajo de la mesilla, entre otras botas, unas negras muy deterioradas y con parches de color. Las saca y se las entrega á Cacho Rosca. Este las coge con mucho cuidado por los tirantes con la mano izquierda, las da con la derecha un violento golpe que las haga girar y las arroja despreciativamente.)

Cacho ¿Y es esto lo que se le entrega á un parroquiano que lleva año y medio surtiéndose en el establecimiento?

Cand. (Recogiendo las botas.) ¡La culpa me la tengo yo!

Pint. ¡Déjele, señor Candelas! ¡es qu'está atufao!

Cand. ¡Pues que le abaniquen! (Se sienta nuevamente.)

Cacho (Hablando consigo mismo.) ¡Na; que por más que miro no veo salida!

Pint. Oiga usté, señor Candelas; ¿conoce usté por casualidá algún Don Tancredo?

Cand. ¡Pero si eso no se estila ya!

Cacho ¡Pa que usté se entere: nosotros no podemos ir á Caracas, si no llevamos un Don Tancredo, qu'és el *clou* de la cosa!

Pint. ¡Con lo bien que pensaba yo haber quedao!...

Cacho ¡Y que nos habían prometido echarnos Veraguas!

Cand. ¡Y os echan, ya lo veréis!

Cacho ¡Qu'es lo que yo tengo ganas de torear! Porque á esos animalitos... así, con la mano... ¡uh!... ¡uh.... (Imitando pases de muleta.)

Cand. (Sujetándole.) Oye, oye; ¿por qué no hacías eso el domingo en Tetuán?

Cacho (Que sigue toreando.) ¡Uh!... ¡uh!... (Al señor Candelas.) ¿Usté qué dió por el tendido?

Cand. ¿Yo? Dos reales.

Pint. ¿Y quería usté ver á Curro Cúchares, por cincuenta céntimos?

Cacho ¿Qué quié usté que haga yo por treinta reales por corría que me dan?

Cand. ¡Ah! ¡Pero, ¿te dan treinta reales por corría?

Pint. ¡Verídico!

Cand. ¡Pues el domingo debiste ganar una fortuna, porque no paraste de correr en tóa la tarde!

Cacho ¡Guasivo!

Cand. ¡Verídico! (Imitando á Pinturas cuando dijo la misma frase.) ¡Si tóo el mundo sabe lo que sus arrimáis!...

Cacho ¡Decir que no nos arrimamos, cuando he sío yo un gachó que se ha dormido en la cuna!

Pint. Bueno. Eso era antes.

Cand. De chico; como tóos.

Cacho De chico y de grande.

Cand. De grande, lo que has tenido tú, ha sido la mar de miedo.

Cacho ¿Miedo?

Pint. ¿Miedo? Eso es faltar.

Cacho ¿Me ha visto usté á mí por casualidad alguna vez demudao, ó tan siquiera pálido, que son los síntomas del canguelo?

Cand. (Mirando al traje.) ¡Hombre... de mudao, no te he visto nunca!

Pint. ¡Claro! Como que somos dos tíos que no s'asustan de na...

(En este momento se oye un tiro dentro. Cacho Rosca y Pinturas se ponen á temblar y el señor Candelas les contempla.)

ESCENA VI

DICHOS, VECINAS 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª, luego RECAREDO

Vec. 1.ª ¿Qué pasa?

Vec. 3.ª ¿Qué ruído es ese?

Vec. 4.ª Pero, ¿qué ha sucedido?

Vec. 2.ª ¡El señor Recaredo que s'ha suicidao!

Vec. 4.ª Ya le traen: ya le traen.

(Bajan por la escalera formando grupo, Vecinos y Vecinas que rodean á los cuatro que traen cogido cada uno de ellos por una extremidad á Recaredo.)

Vec. 3.ª (Sacando la silla en la que la peinaban antes.) Colocarlo aquí, á ver lo que tiene.

Cacho ¡Así, á simple vista, no se le nota na!

Pint. (Palpándole los hombros.) ¡Aquí, aquí!

Todas ¡¡Qué!!

Pint. ¡Aquí tampoco tié na!

Cacho (Tocándole por encima de los bolsillos del chaleco.) ¡Aquí paece que tié un cuerpo extraño!

Rec. ¡Son diez céntimos, caballero! (*Al decir esto se habrá incorporado dejándose caer después.*)

Cand. ¡Anda! Ya habla. (*A Recaredo.*) Entonces, ¿no se ha herido usté?

Rec. ¡No sé, si de rechazo, porque á mí me duele mucho el estómago!

Pint. (*Reconociéndolo.*) ¡No, pues lo que es en el estómago, no tié usté na!

Rec. ¡Pues precisamente, me duele por eso; por que no tengo nada! ¡Es la debilidad!

Vec. 3.ª ¡Pobre hombre! ¡Debe de estar en las últimas! (*Mutis por la derecha.*)

Vec. 2.ª ¡Me alegro que no haya sío na, señor Recaredo! (*Mutis por la escalera.*)

Vec. 1.ª Bueno, abur. (*Mutis.*)

ESCENA VII

RECAREDO, SEÑOR CANDELAS, CACHO ROSCA y PINTURAS

Cacho Pero, entendámonos. Usté, ¿dónde se ha dao el tiro? ¿en qué parte del cuerpo?

Rec. ¡Ah! En ninguna parte.

Cand. Bueno: me alegro que no haiga sío na. (*Hace mutis.*)

ESCENA VIII

RECAREDO, CACHO ROSCA y PINTURAS

Cacho (*Como al que se le ha ocurrido una idea luminosa.*) ¡Ay!

Pint. (*Asustado.*) ¿Qué te pasa?

Cacho (*El mismo juego.*) ¡¡Ay!!

Pint. ¿Qué t'ocurre?

Cacho ¡¡¡Ay!!! ¡Que se m'ha ocurrido una cosa! Ahora verás. (*Dirigiéndose á Recaredo.*) Oiga usté, señor Recaredo. ¿Por lo visto usté está emperrao en suicidarse?

Rec. Emperrao, sí, señor.

Cacho Y tóo por que no tié usté dinero.

Rec. No, señor.

Cacho ¿Qué haría usté si se viese con un toro delante? (*Recaredo se levanta de la silla y sale corrien-*

do.) No, hombre, no; si lo que yo digo es, que, ¿qué haría usté, si se viera un toro delante?

Rec. Correr; ¿no lo está usté viendo? ¡Lo que haría usté!

Cacho Bueno, al asunto. ¿Usté se atrevería á venir con nosotros á Caracas?

Rec. ¿A cara, qué?

Pint. (Comprendiendo la combina.) A Caracas.

Rec. ¿Yo? ¿A qué?

Cacho A hacer la suerte de Don Tancredo. Y si usté acepta, se le dan mil pesetas.

Rec. ¡Ay!... ¡Ay!.. Pero, ¿hay mil pesetas en alguna parte?

Pint. ¡Pues no las ha de haber! Y que como usté se decida son pa usté.

Rec. ¿Pa mí?.., ¡Decidido! ¿Qué hay que hacer?

Cacho Usté, de toos moos, ¿no se iba á dar un tiro?

Rec. Dos.

Pint. ¿Cómo dos?

Rec. Digo que por mil pesetas, me doy yo dos tiros, y si se corre usté á las tres mil, me fusilo. Pero que me fusilo. Y lesiones menos graves á duro: ¿á duro? á tres pesetas. (Dispuesto á darse los puñetazos que le exijan.) Elija usté sitio.

Cacho No, hombre; no es pa tanto. Usté, ¿se iba á dar un tiro? ¿no es verdá?

Rec. En eso estaba, sí, señor.

Cacho Bueno, pues pa usté es lo mismo darse un tiro que le dé un toro una corná.

Rec. No es lo mismo: porque yo se dónde me iba á dar el tiro, pero no se dónde me iba á dar el toro.

Pint. En ninguna parte, hombre.

Cacho Los toros de por ahí, no son de cuidao; son terneras.

Rec. ¿Ha dicho usté terneras?

Pint. Además; con estarse muy quieto, en paz.

Rec. Es que si me ponen ustedes una ternera delante, no respondo de mi inmovilidad.

Cacho ¿De móo que consiente? (A Pinturas.) Esto es un hecho.

Rec. Aceptado; voy con ustedes.

Pint. ¡Olé los hombres! (Con gran alegria.)

Cacho (Loco de contento también.) Verá usté: verá usté qué bien lo pasamos. Allí tóo es dinero, palmas y alegría.

Pint. Y con la afición que hay, el día que toreemos, los billetes van á estar por las nubes.

Cacho Y usté...

Rec. Yo por encima de los billetes.

Cacho No, hombre; y usté verá cómo se alegra de haber venío con nosotros.

Rec. (A Cacho Rosca.) Oiga, ¿y el dinero?

Cacho Esta tarde, si quiere, se le da el anticipo; en seguida pa el tren; y dentro de unos días ya estamos en Caracas, y toos contentos; nosotros entre barreras y usté en su pedestal, esperando al toro.

Rec. ¿Y no podría ser al revés?; yo entre barreras y... ustedes esperándole.

Pint. Vamos, hombre; á que va usté á tener ahora miedo.

Rec. ¿Miedo yo?

Cacho Verá usté, verá usté qué vida. Viajes pagaos; comida pagá; ¡tóo pagao!

Rec. Y el entierro, ¿quién lo paga?

Pint. No sea usté pesimista.

Cacho Cuando usté quiera, es la marcha.

Rec. Por mí, ahora mejor que luego; porque espero la visita del casero, y ¡la verdad! me emocionaría al despedirme de él.

Cacho Pues andando. (A Pinturas.) Hay que aprovechar.

Pint. ¡Vecinos!

Cacho ¡Vecinas, que nos vamos!

Rec. ¡Señor Candelas!

(Salen todos.)

Cand. Pero, ¿qué lío es este?

Rec. (Al señor Candelas.) Na; que cierro la perfumería y me marcho á Caracas.

Cand. Pero, ¿de qué?

Cacho ¡De Rey del valor!

Vec. 3.ª ¡Viva el Rey del valor!

Todos ¡¡Viva!!

Música

Pint. }
Cacho } Esta tarde en el expreso
vamos á salir de aquí.
Rec. ¡Y si yo resulto ileso
pronto me tendrán de vuelta,
porque yo no duro allí!
Los tres Y si la suerte
nos es propicia,
vamos, señores, á dejar
allí un cartel,
que ni Bombita,
ni Machaquito,
que ni Vicente,
ni Rafael.
Coro Y van, señores, á dejar
allí un cartel,
etc,, etc.
Rec. (Imita cómicamente el paseo de la cuadrilla.)
Fíjense ustedes en mí
y en mi salero.
Sin duda yo nací
para torero.
Cacho }
Pint. } Fíjense en las hechuras
que Dios le ha dao.
¡Cuando le vea un Miura,
el pobre bicho
sale escapao!
Coro ¡Sale escapao!
Pint. ¡Visto así es un primor!
Cacho ¡Está usté, mataor!
Rec. Del matador
el arte es el valor.
Coro ¡Es verdad!
¡Sí, señor!
¡Está usté superior!
¡No ha de haber
cosa igual,
sobre su pedestal!
Y podemos decir
todos en su honor.
¡Viva el Rey
del valor! (Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La escena representa la cubierta de un buque en alta mar con todos los accesorios que el diálogo exige.

Al levantarse el telon se encuentran en escena sentados en sillas de tijeras, todos los personajes.

ESCENA PRIMERA

MILAGRITOS, SEÑÁ GERTRUDIS, CACHO ROSCA y PINTURAS

Mil. ¡Ay, hijo, gracias á Dios que llevamos un día medio regular!

Cacho Y que lo diga usté, cachito gloria; que yo me creí que no salía del camarote, ni para ir al panteón de familia.

Gert. (Con las náuseas del mareo.) Milagros... Milagros.. dame el limón.

Mil. (Levantándose y acudiendo solícita á la señá Gertrudis.) Voy en seguida. (Dándole un limón.) Toma. (La señá Gertrudis se pone á morderle.) ¿Quieres tomar un caldito?

Gert. No; no quiero nada, no quiero nada. Déjame.

Pint. Pobrecilla; está peor que un badajo.

Cacho (Levantándose y á Milagritos.) Y diga usté, ¿toa esa señora, es su mamá de usté, por una casualidá?

Mil. No, señor; es mi tía.

ESCENA II

DICHOS y RECAREDO que sale por la derecha completamente mareado y dando tumbos, con un pañuelo de hierbas, tapándose la boca.

Rec. ¡Maldita sea! Está visto que en este barco no se puede tomar nada que sea nutritivo. ¡Me tomo un caldo, y á los cinco minutos, que usté lo pase bien! (Quitándose el sombrero y haciendo ademán de saludar.) Ahora mismo acabo de tomarme una caña de manzanilla

y estoy viendo que de un momento á otro, que lleve usté un buen viaje. (El mismo juego con el sombrero.)

Cacho (A Recaredo.) ¿Qué le pasa á usté, hombre?

Rec. Nada: que no sé que hacer con la caña.

Mil. (A Pinturas.) Diga usté, ese caballero, ¿es amigo?...

Pint. Sí, señora. Un compañero de viaje, que desde que ha entrao en el buque le ha tomao una afición á la mazurka, qué, mírelo usté. ¡Chundarata! (Tarareando..) ¡Chundarata! (En estos momentos Recaredo, se siente peor, y da tales traspiés, que parece que baila.)

Cacho Señor Recaredo, venga usté aquí, que le voy á presentar á la bella Milagritos. (Llevándole á donde está Milagritos y presentándole.)

Rec. Muy señora mía.

Cacho Y á su señora tía. (Presentándole á la señá Gertrudis.)

Rec. Muy señora tía.

Mil. ¿Qué? ¿Paisanito también?

Rec. Creo que no, señora; yo de Madrid para servirla. (Haciendo una inclinación.)

Mil. ¡Olé mi tierra! (Con entusiasmo.)

Rec. ¡Ah! Pero, ¿usted también?

Mil. De la calle de Cabestreros; ¿hace? (Con creciente entusiasmo.)

Rec. (Viendo la alegría de Milagros y poniéndose él también muy contento, por no quedar en mal lugar.) ¿Pues no ha de hacer, señora? Todo lo que usté quiera.

Mil. (Cada vez más contenta.) ¡Ay, qué gusto!... Otro más de Madrid. Ya somos cuatro gatos en el barco. (Señalando á Cacho Rosca, Pinturas y Recaredo.) Usté, el señor, el señor y yo.

Rec. Y ustedes, ¿también van á América?

Mil. Sí, señor, otra vez: yo voy contratada á un salón de esos donde se canta y se baila. ¿Y usté, á qué va?

Rec. Yo voy á que me maten.

Mil. ¿Cómo?

Rec. Sí, señora; yo voy, en cuanto llegue, á ponerme delante de un toro.

Mil. ¿Y por qué se va usté á poner delante?

Rec. Porque no me van á dejar estos ponerme detrás; ya lo verá usté.

Cacho El señor es el sugestionador que llevamos.

Rec. Sí, señora; yo soy el congestionador.

Gert. ¡Milagros! ¡Milagros! ¡Dame el limón! (Como antes, Milagros se aproxima á la señá Gertrudis y le da el limón.)

Mil. Toma. ¿No te encuentras mejor?

Gert. No, hija: estoy que me parece que tengo que ir á la borda. (A Recaredo.) ¿Quiere usté acompañarme?

Rec. (Dándole el brazo y haciendo mutis con ella.) Sí, señora; iré con usted, pero la voy á tener que dejar en popa, porque quiero acercarme á la cocina á ver si pesco algo.

ESCENA III

DICHOS, menos RECAREDO y SEÑÁ GERTRUDIS

Mil. (A Cacho Rosca y Pinturas.) ¿Y ustedes en qué clase van que no les veo durante la comida?

Cacho ¡Vamos en segunda, porque nos han dicho que se llega antes!

Mil. Pues yo voy en primera preferente.

Pint. Ya decía yo que era usté una mujer de primera.

Mil. Muchas gracias.

Cacho ¡La verdad es que siendo usted una chanteuse nos podía cantar una cancioncita de su repertorio! ¿Porque supongo que le tendrá usted muy bonito?

Mil. Regular: regular nada más. Pero les cantaré alguna cosa.

Rec. (Entrando.) Sí, sí. Venga de ahí.

Música

Mil.

En Jamaica me crié
en medio de un platanar,
oyendo el rumor del mar
que llegaba hasta mis pies.
En mi hamaca me mecí,
me mecía sin cesar:
allí aprendí á suspirar.
¡Ay!
Y otras cosas aprendí.

—

Cuando bailo este tango, señores,
yo no sé, yo no sé lo que tengo;
yo no sé, yo no sé qué me pasa,
sólo sé que de gusto me muero.

Rec. Cuando bailo este tango, señores,
yo no sé, yo no sé lo que tengo;
sólo sé que con este tango,
con este tango yo me mareo.

Todos Sólo sé que con este tango,
con este tango de gusto muero.
¡Es el tango un primor
superior!

(Terminado el número se marcha el Coro. Recaredo trata de imitar á Milagritos en el tango.)

ESCENA IV

DICHOS y RECAREDO

Hablado

Mil. (A Recaredo.) No se preocupe, que ya se lo enseñaré yo cuando estemos en tierra.

Rec. Bueno, pues entonces me marcho pa la cocina. (Yo no paro hasta que pesque un queso que he visto encima de la mesa.)

ESCENA V

MILAGROS, CACHO ROSCA, PINTURAS y CAPITÁN

Cap. (Entrando.) Veo, señores, que ya hay mejor humor.

Mil. Sí, señor. Todo es acostumbrarse.

Cacho Si hubiera usté llegao un momento antes hubiera usté oído cantar á esta señorita.

Cap. La he oído desde el puente y me ha gustado mucho. (Ruido de cacharros dentro. Sale una cacerola por los aires y luego regañando Recaredo y Cocinero. Este último con un plato de merengue en disposición de batir, y el primero con la cara llena de merengue.)

ESCENA VI

DICHOS. RECAREDO y COCINERO

Coc. (Detrás de Recaredo que le huye.) ¡Sóo indecente! ¡Sóo hambrón! En cuanto vuelva usté á entrar en la cocina le tiro al agua.

Rec. Eso me lo dice usté en la calle. (Desafiándole.)

Cap. Pero, señores, ¿qué escándalo es este?

Coc. Nada, mi capitán; este pasajero, que en cuanto me descuido entra en la cocina y arrea con lo primero que encuentra. Ahora mismo estaba yo terminando este plato de dulce y en un descuido ha metido la mano. Mire usté, aun lleva la cara sucia.

Cap. (En tono de reprimenda.) ¡Caballero! ¿Quiere usted hacer el favor de explicarme cómo ha sido eso?

Rec. Pues así. (Mete la mano en el plato de la crema y come de ella.)

Cap. ¡¡Caballero!!

Rec. (Metiendo la otra mano en el plato de dulce.) Digo que así debe ser como dice el señor; pero yo no me acuerdo de haberlo hecho.

Cap. ¿Y se atreve usted á negarlo? ¿Y esas manchas que lleva usted en la cara de qué son?

Rec. Estas manchas son de una erupción que me ha salido con el agua del mar; pero no se preocupe, ha venido con el agua y se irá con el agua.

Cap. ¡Claro! En cuanto se lave usted. Pues que no vuelva á acontecer; por ahora está usted perdonado.

Rec. (Tendiéndole la mano al Capitán.) Muchas gracias, señor capitán.

Cap. (Rechazándole.) ¡Quite usted, hombre! ¿No ve que tiene la mano llena de dulce?

Rec. ¡Ah! Es verdad; perdone. (Se chupa los dedos de la mano derecha.) Ya no hay nada. (Le tiende la mano nuevamente.)

Cap. (Rechazándole otra vez.) Quite de ahí. Por esta vez ya lo he dicho, está usted perdonado; pero á la primera que pase va usted á la barra.

Coc. (A Recaredo.) Anda, ¡chúpate esa!

Rec. ¿Cuál? ¿Esta otra? (Se chupa la mano izquierda.)

Cap. (Al Cocinero.) Y usted á la cocina, y si el señor volviese á coger algo me da usted parte.

Rec. (Sí, ¡como que te voy á dar parte yo!) (Mutis Cocinero y Capitán. Recaredo saca unas naranjas del bolsillo y dice:) Lo que siento yo es si ha contado las naranjas. Pero yo tengo que volver. He visto unos botes de conservas que están diciendo ¡cogedme! ¡cogedme! (Mutis izquierda.)

ESCENA VII

MILAGROS, SEÑÁ GERTRUDIS, CACHO ROSCA y PINTURAS

Gert. (Entrando por la derecha precipitadamente.) ¡Ay, vengo asustadísima!

Mil. ¿Qué sucede?

Gert. Nada: que estaba yo paseándome para ver si se me quitaba el mareo, y viendo que no se me quitaba me acerco á la borda para... para respirar mejor. Bueno: pues me fijo en el horizonte y veo unas nubes muy negras, muy negras: le pregunto á un marinero si eran de cuidao y me ha dicho que es un temporal que se nos viene encima.

Mil. (Asustada.) ¡Ay, Dios mío!

Gert. (Con pánico.) ¡Ay, madre de mi alma!

Cacho (Asustadísimo.) No asustarse: que puede que no sea ná. (La escena va quedando á oscuras poco á poco. Imitando una tormenta, ha habido algún trueno de cuando en cuando durante el diálogo anterior. Al oirse un gran trueno, aparece Recaredo corriendo.)

ESCENA VIII

DICHOS y RECAREDO

Rec. ¡Ya está ahí! Me parece que es el cocinero.

Cacho ¡Qué cocinero, hombre! Lo que es, es una tormenta la mar de grande.

ESCENA IX

DICHOS, CAPITÁN, MARINEROS y PASAJEROS que atraviesan la escena

Cap. Todo el mundo á sus puestos. (Los Marineros maniobran. El Capitán hace mutis seguido de los demás, menos señá Gertrudis y Recaredo.)

Rec. Yo voy á ver si con el barullo puedo coger esos botes. (Medio mutis.)

Gert. (Sujetándole.) Caballero, ¿usted no tiene miedo?

Rec. Yo, sí señora; pero no me preocupo.

Gert. Si me salva, me caso con usted.

Rec. ¿Conmigo? ¡Dese usted por muerta!

Gert. (Haciendo mutis por la derecha.) ¡Sóo grosero! ¡Milágros! ¡Milagros!

Cap. (Entrando por la derecha y encontrándose á Gertrudis.) ¿Pero qué hace usted aquí? ¿No sabe que corremos un gran peligro? He dado orden de que todo el mundo á los botes. (Mutis Capitán.)

Rec. ¿Que todo el mundo á los botes? (¡Esta es la mía!) (Asustado hace mutis por la izquierda. La escena queda sola. A poco rato sale Recaredo llevando varios botes de conservas debajo del brazo: detrás de él Cocinero.)

ESCENA X

RECAREDO y COCINERO

Coc. ¡A ese! ¡A ese! ¡Ladrón!

Rec. Oiga. ¿Qué es eso de ladrón?

Coc. Sí, señor: aun en los momentos de peligro se le ocurre á usted llevarse algo.

Rec. No señor: ahora no es robo. Acaba de decirme el capitán aquí mismo, que todo el mundo á los botes: de manera que el que pilla, pilla, y Dios con todos.

Coc. (Dándole una bofetada.) ¡Pues toma! (Se agarran los dos y empiezan á luchar.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto de costa. Se encuentran en la orilla y echados en el suelo Milagritos, Señá Gertrudis, Recaredo, Cacho-Rosca y Pinturas.

Al levantarse el telón, aparecen en actitud de dormir, oyéndose algunos ronquidos.

ESCENA PRIMERA

MILAGROS, SEÑÁ GERTRUDIS, RECAREDO, CACHO-ROSCA y PINTURAS

Rec. (Incorporándose.) ¡Anda, hijo, ronca! ¡Vaya un despertador! La verdad es, que no sé como no se te acaba la cuerda. (Levántándose.)

Pint. (Levantándose rápidamente.) ¡Ay! ¡Socorro!

Rec. (Guardando con precipitación el bote.) ¿Qué pasa?

Pint. ¡Un bocao!

Rec. ¡Atiza!

Pint. Un bocao que m'ha tirao Cacho-Rosca.

Rec. (Llamando á Cacho-Rosca.) Tú, Cacho-Rosca; levántate.

Cacho (Se levanta restregándose los ojos.) ¡Maldita sea, hombre! ¿Pa qué me habeis llamao? ¡Y con lo que estaba soñando!

Mil. (Soñolienta.) ¡Tía, tía!

Rec. (Llamando á la Señá Gertrudis.) ¡Eh, señora! Que la llaman á usted.

Gert. (Levantándose.) Voy, voy: ¿qué quieres, hija?

Mil. El chocolate, que me traigan el chocolate.

Rec. Otra que está soñando. (Se levanta Milagros.)

Gert. ¡Ay, caballero! La verdad, que para vernos en esta situación, valiera más que no nos hubiéramos salvado.

Cacho Es verdad.

Rec. Y ahora que estoy sano y salvo, se me pone la carne de gallina.

Todos (Abalanzándose á él.) ¡De gallina! ¿Ha dicho usted de gallina?

Rec. (Deteniéndoles.) Sí, pero dejadme; que solo es en metáfora.

Gert. Señores, tengo una idea.

Todos ¿Cuál?

Gert. Que para evitar que perezcamos todos de hambre es preferible que se sacrifique uno, el que la suerte decida. ¿Tienen ustedes algún inconveniente?

Todos No, señora.

Rec. Yo, si tengo uno y es el que sigue. Si la suerte decide que las sacrificadas sean una de ustedes dos, yo, siquiera por galantería, tomaría un bocadillo. Pero si resulta que le toca á uno de estos, yo les aseguro á ustedes que no pruebo nada.

Cacho ¿Y si le toca á usté?

Rec. Tampoco pruebo nada: es decir... los que no prueban nada son ustedes... (Con gesto de desagrado) porque yo soy muy soso y no les iba á gustar.

Pint. Bueno, bueno: lo que estamos haciendo es perder tiempo. Manos á la obra.

Mil. Y ¿cómo se va á verificar la suerte?

Rec. ¿La suerte? Dirá usted la mala pata, porque lo que es al que le toque, (También se le abre la boca.) no le envidio.

Cacho Yo creo que lo más sencillo es escribir nuestros nombres en un papel y sacar uno.

Rec. Eso es, y el que salga á la sartén.

Cacho Aquí hay papel y lápiz. (Saca un papel, lo divide en cinco partes iguales y entrega un pedazo á cada uno.) Ahí vá; cada uno escribe su nombre y echa el papel en esta gorra. (Quitándose la suya.)

Gert. (Escribiendo.) Gertrudis López. (Dobla el papel y lo echa en la gorra.)

Mil. (El mismo juego.) Milagros García.

Cacho (Idem.) Cacho-Rosca.

Pint. (Idem.) Pinturas.

Rec. (Escribiendo muy decidido.) Pinturas.

Pint. ¡Eh, eh!

Rec. Me había equivocao. (Escribe otro papel) Recaredo. (Le dobla y al echarle en la gorra tira al suelo el papel después de muchos requilorios.)

Mil. (Mientras Cacho-Rosca menea los papeles que hay en la gorra.) Ahora, una mano inocente.

Cacho Yo mismo. (Deteniéndose.) Pero antes, hemos de ver, la clase de muerte que se le ha de dar al afortunado.

Gert. (Llorosa.) ¡A mí cualquiera!
Mil. (Idem.) ¡Y á mí!
Cacho (Idem.) ¡Y á mí!
Pint. (Idem) ¡Y á mí!
Rec. Pues yo preferiría que me matasen ustedes á disgustos. Me dan uno todos los días, y antes de dos años ya me han despachado.
Pint. ¡Bueno! (Abriendo la boca mucho más que antes.) Daros prisa.
Rec. (Que no le llega la camisa al cuerpo.) Señores, suerte. (Mete la mano en la gorra, saca un papel, lo desdobla, lo lee y cambia de color. Todos los demás están que no respiran. Recaredo quiere meter otra vez el papel en la gorra, para lo cual mira á todos los otros personajes para ver si le miran á él, pero como no le quitan ojo hace con el papel una peotillla y lo tira al suelo. Cacho-Rosca quiere recogerle pero Recaredo lo pisa.) ¡Ay, Dios mío!
Cacho (Empujándole y queriendo sacar el papel de debajo del pie de Recaredo, cosa que consigue.) ¡Quítese usté de ahí!
Todos ¡Que se vea! (Con cierto temor.)
Rec. (Tragando saliva.) ¡Ay, Dios mío!
Cacho (Desdoblando el papel que lee.) ¡¡¡Recaredo!!!
Rec. Mientras leen el papel se abrocha la americana: se encasqueta el sombrero y se pone en actitud de correr.) ¡A Madrid! (Mutis corriendo.)
Mil. ¡Tramposo! (Corriendo tras de él mutis.)
Cacho ¡Canalla! (El mismo juego.)
Pint. (Abriéndosele la boca.) ¡Sin vergüenza! (Idem.)
Gert. Sí: corre, corre. (Corriendo también tras de todos. Telón.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

La escena representa un mercado de esclavas. Varias de éstas, están sentadas en tierra formando artísticos grupos. Otra ú otras dos bailan durante el número.

Música

Zul. Caminante que azaroso
anhelante y sin reposo
vas en busca de un amor.
Si tu suerte te aproxima
al mercado de Zulima,
hallarás un lenitivo,
caminante, á tu dolor.
Mis esclavas son tan bellas
que hasta envidian las estrellas
de sus ojos el fulgor.
¡Son sus caras tan hermosas,
tan bonitas, tan preciosas,
que al mirarlas, caminante,
morirías por su amor!

Coro Sras. ¡Caminante, por favor
ven y calma mi dolor,
que me muero de tristeza!
Tu serás el comprador,
que comprendas mi valor
y que admires mi belleza.
Caminante, llévame,
que de fijo ser sabré
la mujer que necesitas.
Yo te juro que seré
del serrallo que soñé,
Reina de tus favoritas.

Zul. Caminante, llévala,
que de fijo ser sabrá
la mujer que necesitas.
Yo te juro que será
del serrallo que soñé
Reina de tus favoritas.

Coro Llévala
sin temor.
¡Ven por mí,

caminante!
¡Ven por mí,
llévame!
¡Sin temor
llévame,
por favor!
¡Caminante,
llévame!
¡que muero de tristeza
y de dolor!

ESCENA PRIMERA

ESCLAVAS, ZULIMA y luego RECAREDO

Hablado

Escla 1.ª ¡Ay, madre mía!

Escla. 2.ª ¡Si mi madre me viese así!

Zul. No te lamentes tanto, que después de todo tu suerte es digna de envidia. Es verdad que ahora sois esclavas, pero podeis consolaros pensando que un día ú otro llegaréis á ser la favorita de un Sultán que os colmará de caricias y os hará pasar muy buenos días.

Rec. (Entrando.) ¡Muy buenos días! Ha de saber usté que, por causas que luego explicaré, vengo perseguido, y que si logran alcanzarme, me matan sin remedio. (Todo esto dicho con miedo y escondiéndose.)

Zul. ¿Y qué queréis que haga yo?

Rec. Pues ocultarme, aunque sea con un disfraz cualquiera. Présteme usted una túnica y un velo, y seré su esclava, digo, su esclavo; pero deprisa, que viene gente.

Zul. (Dándole una túnica y un velo que saca de uno de los grupos de esclavas. ¡Tomad! Y arreglaros como podáis. (Recaredo se pone precipitadamente la túnica. Con el velo se oculta la cara y se sienta entre las esclavas formando grupo.)

ESCENA II

DICHOS, BENI-MOJA y ALÍ BABÁ (entrando por el último término derecha

Beni (Por Zulima.) Esta debe ser la dueña.
Zul. (Acercándose á ellos.) Señores, ¿qué deseais?
Beni Deseamos que nos enseñéis las mejores mujeres que tengáis.
Zul. Vosotros mismos podéis elegir; las que más os agraden.
Beni Entonces nos llevaremos algunas. (Al mirar las esclavas, Recaredo se tapa mucho la cara.) Y esa que está tan tapada, ¿á qué nación pertenece? (Por Recaredo, que al notarse objeto de la conversación, se oculta más.)
Zul. (¡Ay, qué compromiso!) (A Beni-moja.) Esta es de...
Rec. (Fingiendo la voz.) De Pozuelo.
Beni ¿De Pozuelo? ¿Y hacia dónde cae ese punto?
Rec. (Fingiendo siempre la voz y señalando con el dedo.) Hacia allí; pero muy lejos.
Beni Y tú, ¿has llegado á ser alguna vez favorita en tu pueblo?
Rec. No, no; (lo más que he llegado á ser ha sido cobrador del tranvía.)
Beni Creo que esa esclava es la favorita, en busca de la cual venimos. ¡Veremos á ver! (A Recaredo.) Y tú, ¿por qué no te descubres?
Zul. ¡Ah, señor! ¡Porque es tan bella, que las demás enfermarían de envidia si la viesen.
Beni (A Recaredo.) ¿Tan preciosa eres?
Rec. ¡Una monada!
Beni No finjáis más la voz; os he reconocido. Al poco tiempo de haberos fugado se me dió el encargo de venir en vuestra busca.
Rec. (¡Pues me he lucido!)
Alí (Al oído de Zulima.) ¡Es la favorita del Sultán!
Zul. (Extrañada.) ¿Cómo?
Beni (A Recaredo.) ¿De modo que os conozco?
Rec. (¡Dios mío, me conoce!)
Beni Y debéis, señora, seguirnos sin resistencia.
Rec. (Fingiendo la voz.) ¡Dios mío, no me conoce!

Alí Pensad, señora, que el Sultán os espera para cubriros de caricias y besos.

Rec. ¡Anda y que bese á su abuela!

Beni ¿Vamos? (Recaredo se levanta y poniéndose entre los dos, se pisa las faldas, etc., etc. A Zulima.) Podéis mandar las demás esclavas; ya sabéis para quién son.

Zul. Marchad tranquilos. Irán de vosotros en pos.

Rec. (Fingiendo la voz.) Pos... hasta luego. (Mutis haciendo coqueterías. Beni-moja y Alí Babá salen detrás de él muy serios,)

ESCENA III

ESCLAVAS, ZULIMA, CACHO ROSCA y luego MILAGROS, PINTURAS y SEÑÁ GERTRUDIS

Cacho (Sale por el mismo lado y como antes salió Recaredo. Jadeante á Zulima.) ¡Señora! ¡Señora!

Zul. (Fijándose.) ¡Qué chocante! (¿Si será otra favorita?)

Cacho ¿Ha visto usté pasar por casualidá á uno... así... cómo le diría yo á usté?

Zul. Ha pasado por aquí y ahora mismo se lo llevan á la presencia del Sultán, que ha mandado en su busca.

Cacho (Extrañado.) ¿El Sultán? ¿Y qué irá á hacer con él?

Zul. Dicen que es su favorita.

Cacho (Dando un salto.) ¡Vamos, quite de ahí, señora! (Se acerca al término derecha y llamando á voces.) ¡Eh, compañeros! Darse prisa, que ya estamos sobre la pista. (Salen corriendo jadeantes por este orden: Milagros, Pinturas y la última, que apenas puede andar, la señá Gertrudis. Atraviesan la escena corriendo detrás de Cacho Rosca y hacen mutis por donde lo hizo Recaredo.)

MUTACION

CUADRO QUINTO

La escena representa un magnífico salón íntimo de un Harém. Hay esparcidos varios pebeteros, en donde una esclava irá quemando perfumes orientales para que la atmósfera esté embalsamada.

ESCENA PRIMERA

En primer termino izquierda, EL SULTÁN, sentado sobre unos almohadones. Alrededor suyo y formando interesante grupo, varias ESCLAVAS

Hablado

Sultán Cesad ya. No cantéis más, esclavas. No lograréis distraerme. Sin ella aquí, vuestros alegres bailes se me antojan danzas macabras, y cantos fúnebres me parecen vuestros alegres cantos. (Suspirando.) ¡Ah, Zoraida, Zoraida! ¡Cuánto te echo de menos!

ESCENA II

DICHOS y BENI-MOJA

Beni (Entrando.) ¡Señor! (Haciendo una profunda reverencia.)

Sultán (Con alegría.) ¡Ah! ¿Eres tú? (Impaciente.) Habla pronto, ¿encontraste á Zoraida?

Beni Por más que hice fué imposible. (Le daré una sorpresa.)

Sultán Cuenta, ¿qué hiciste?

Beni Os he traído lo mejor del mercado de esclavas; y ahora, si gustáis, se os irán presentando, vistiendo el traje de su país natal. Son Vienesas. Cuatro hermanas, hijas de un rico banquero, que han venido de Viena por no verse expuestas á la vergüenza pública en una opereta.

Música

Kety (Entra elegantemente vestida, seguida de las otras tres.)
Yo soy, gran señor, una mujer
que á tus plantas humildemente está.

Mary Y yo, gran señor, siempre seré
la que su amor y mimos te dará.

Lucy Puedes ver en mí, ¡oh, gran señor!
la que amante, siempre pensó en tu amor.

Dora Pues yo puedo ser
la que al Sultán
hará su amor,
hará su amor nacer.

Las cuatro Con tu amor seré lo más feliz
que jamás he podido imaginar.
Sólo viviré pensando en ti.
Pensando en ti la vida he de pasar.
Puedes ver en mí, ¡oh, gran señor!
la que amante siempre, pensó en tu amor.
Puedes ver en mí.

Kety, Dora La que te hará

Mary, Lucy La que te hará.

Las cuatro ¡La que te hará
feliz!

Sultán ¡Qué mujer! ¡Qué mujer!

Las cuatro Y las cuatro que aquí ves,
somos duchas en amor.
Nunca falta á nuestros pies
un rendido adorador,
que al compás de algún vals candencioso
no nos diga al oído amoroso:
¡Cuando en las vueltas de un vals,
clavas tus ojos en mí,
mi corazón siempre va
amoroso en pos de ti!
Y es que pongo yo al bailar
un rostro tan seductor,
que no he logrado encontrar
quien se resista á mi amor.

Coro, Sultán ¡Qué bueno es
bailar el vals vienés!...

Coro Y es que ella pone al bailar
un rostro tan seductor,

que no ha logrado encontrar
quien se resista á su amor.

Las cuatro Cuando en las vueltas de un vals,
etc., etc.

(Terminado el número se retiran las Vienesas.

ESCENA III

DICHOS, menos VIENESAS

Hablado

Sultán No están mal. ¿Queda alguna esclava más?

Beni ¡Ah, señor! No sé cómo decíroslo. (Confidencialmente y con mal reprimida alegría.)

Sultán (Impaciente una vez más.) ¿Qué ocurre? ¡Habla!

Beni ¡Señor! ¡¡Zoraida!!

Sultán (Levantándose precipitadamente.) ¿Qué has dicho? ¿Pronunciaste su nombre?

Beni Sí. Zoraida he dicho.

Sultán ¿Dónde? ¿Dónde está esa alegría de mi harém?...

Beni Aquí la traigo conmigo para daros una sorpresa.

Sultán ¿Dónde te la encontraste?

Beni En el mercado. A pesar de que se ocultaba el rostro y finge su voz, yo la he reconocido.

Sultán Vé á buscarla; muero de impaciencia. (Benimoja va á salir, pero el Sultán le detiene.) No, espera. (A las esclavas.) ¡Despejad! ¡Dejadme solo! Quiero recibirla en la intimidad que ella se merece. (Las Esclavas salen. A Beni-moja.) ¡Vé á buscarla! (Mutis Beni-moja.)

ESCENA IV

RECAREDO y SULTÁN. Aparece Recaredo ocultándose el rostro y temeroso de ser descubierto. Finge la voz

Sultán (Cogiendo la mano á Recaredo.) ¡Ah! ¡Zoraida! ¡Zoraida! (¡Qué gorda se ha puesto!)

Rec. (¡Ya me ha tirao un pellizco!)

Sultán Ven; siéntate aquí, sobre estos almohado-

nes. A mi lado no temas. ¿Por qué no te descubres?

Rec. (Fingiendo.) Porque me molesta el aire.

Sultán Pero, mi vida, aquí hay muy poco aire, y el poco que hay es embalsamado y tibio.

Rec. Pues, por eso; porque es tibio... (¡El susto que te ibas á llevar si me descubriese!)

Sultán (Desistiendo.) Después de todo, igual da. Tu cara me la sé de memoria. En tus mejillas tienes dos hoyuelos que incitan á llenarlos de besos. (En el colmo de la pasión y haciendo por besar á Recaredo.) Anda, mi sultana, déjame que te tape uno. (A la acción mimosa del Sultán Recaredo se separa y se levanta al fin huyendo. El Sultán corre tras Recaredo entre suplicante y extrañado.) Pero, ¿qué es eso? ¿Rehusas?

Rec. Sí, ea; rehuso. A mí no me gusta pasar por lo que no soy. (Con su voz natural y descubriéndose.)

Sultán ¡Cómo! ¿No eres Zoraida?

Rec. No, señor. (Importándole muy poco todo.) ¡Soy Recaredo!

Sultán (Ofendido.) ¿De modo que te has burlado de mí?...

Rec. (Aterrado.) No, señor de sultancito. Sólo ha sido un quid-proaqua.

Sultán Bueno; eso ya lo dirás luego. (Indignado, se aproxima á la puerta y llama.) ¡A mí! ¡Esclavos! (Salen dos esclavos.) A este individuo (Por Recaredo.) que se le aplique el tormento en seguida. (El Sultán hace mutis.)

ESCENA V

RECAREDO y ESCLAVOS 1.° y 2.°

Esc. 1.° (Á Recaredo.) ¡Sígueme!

Rec. ¿A dónde?

Esc. 2.° Ya lo has oído, al tormento.

Rec. (Asustado.) ¿De modo que me van á matar?

Esc. 1.° ¡No; aún vivirás unos días!

Esc. 2.° ¡Síguenos!

ESCENA VI

DICHOS, SULTÁN; luego MILAGROS, CACHO ROSCA, PINTURAS y SEÑÁ GERTRUDIS

Sultán ¡Esperad un momento, dejadnos solos! (Los dos esclavos se retiran.)

Rec. (Extrañado.) ¿Qué me irá á hacer el tío este?

Sultán Escucha. Ahí fuera acaban de llegar dos hombres y dos mujeres que vienen en tu busca, y, según dicen, tienen derecho sobre tu vida; yo también lo tengo.

Rec. Sí; aquí todos le tenéis menos yo.

Sultán Pero no temas; si quieres ser mi Gran Visir, consigue que la más joven de las dos sea mi sultana.

Rec. (Decidido.) Y la más vieja...

Sultán No; la más vieja para ti.

Rec. No; p'al gato.

(Entran precipitadamente en escena Milagros, señá Gertrudis, Cacho Rosca y Pinturas y se abalanzan hacia Recaredo.)

Gert. ¡Hola, canalla!

Pint. ¡Por fin!...

Rec. Estarse quietos, que os voy á presentar á este caballero. Aquí tenéis al Sultán del harém. Señor, os presento á Milagritos López y á su tía.

Sultán (Aparte á Recaredo.) No olvides lo que te he prometido. Si esta esclava no me quiere te corto la cabeza.

Rec. (Aparte.) Milagros, el Sultán está loco por tus encantos, ha perdido la cabeza; si no le correspondes, el que pierde la cabeza soy yo. Hazle caso, ó estamos perdidos.

Mil. Le diré que sí, por ahora; pero en cuanto podamos, á Madrid. ¿Convenido?

Rec. Convenido. Señor, ya tiene sultana; Milagritos te adora.

Sultán ¡Ven á mis brazos! Y tú, para que veas que cumplo mis promesas, te nombro mi Gran Visir.

Rec. ¿Pero eso es verdad?

Sultán No lo dudes; manda y serás obedecido.

Rec. A ver, coger á estos dos (Por Cacho Rosca y Pinturas.) y darles cincuenta palos á cada uno.

Cacho ¡Canalla!

Pint. ¡Sinvergüenza!

Rec. ¡Silencio! Añadir otros cincuenta palos por barba.

Gert. ¡Pero usté está loco!

Rec. A esta mujer me la encerrais en una mazmorra.

Mil. Pero...

Rec. ¡Silencio! Soy el Gran Visir. (Al público.) Y tú, aplaude, ó mando que te corten la cabeza. (Queda en una actitud muy arrogante. Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

Precio: UNA peseta